

materiales. Al principio de este reinado se habian realizado apenas los primeros ensayos, tímidos todavía, de la aplicacion del vapor á la locomocion terrestre y marítima; los buques de vapor, en todos los puertos de la Gran Bretaña, no pasaban de 315, con una cabida total de 33,441 toneladas, y al fin del reinado contábanse 600 buques de vapor con 67,969 toneladas, y todas las grandes ciudades del reino estaban unidas por vias férreas. La situacion de la clase obrera habia mejorado notablemente, y el comercio y la industria con su actividad, ilustracion é instruccion inseparables, habian llegado á ser el elemento principal y mas poderoso de la sociedad, como antes lo habia sido la propiedad territorial en manos de la nobleza; de modo que la política se veía mas y mas obligada á atender á aquella potencia nueva mas que á la antigua.

En 20 de junio de 1837 murió Guillermo IV sin sucesion directa y la corona del imperio británico pasó á su sobrina Victoria, que á la sazón contaba diez y ocho años. A la edad de cuatro meses habia perdido á su padre, el duque de Kent, otro hijo del rey Guillermo III, y habia sido educada por su madre, princesa de Sajonia, alejada del ruido y vicios de la corte. Con su reinado empieza un nuevo período de la historia de Inglaterra.

CAPITULO II

SITUACION INTERIOR DE FRANCIA

Las esperanzas exuberantes de un gran renacimiento político de la Francia, que habia hecho concebir la revolucion de julio, se convirtieron en un grandísimo desengaño cuando la gente se preguntó en qué se diferenciaba la nueva era de la anterior, sin que nadie acertara á contestar satisfactoriamente á esta pregunta. Guizot habia dicho á los pocos meses en la cámara para tranquilizar á los que temian consecuencias fatales del cambio habido: «No se ha hecho mas que cambiar de dinastía.» Lo que faltaba saber era si esta dinastía era mas sólida que la anterior, víctima de la incompatibilidad de dos partidos extremos irreconciliables y sin término medio posible. ¿Seria mas sólida la dinastía fundada por la voluntad del pueblo que la restablecida en el trono por los enemigos vencedores de la Francia? Para una y otra, su origen fué la causa de su ruina. La nueva monarquía, aceptada por el pueblo en el palacio del ayuntamiento, aunque sin ser aprobada formalmente por él, careció desde el primer día de raíces robustas para resistir á los embates de los elementos y desarrollarse sana y vigorosa; le faltaba la majestad del derecho tradicional de sucesion legal, y á falta de esto, la majestad del voto popular. Las personas que antes habian sido sus amigos y conocidos no podian aprender, de la noche á la mañana, á mostrarle la veneracion debida á una cabeza coronada, y por otra parte, cada francés sabia que el rey debia la corona que llevaba á la buena voluntad del pueblo soberano, del cual, por lo mismo, el nuevo rey era servidor y no amo con autoridad para mandar. Escapándose un día á uno de los ministros en la cámara la palabra «súbditos,» levantóse una tempestad en la sala y se le dijo: «¡Nosotros hemos hecho al rey! ¡ya no hay súbditos, el pueblo soberano no puede componerse de súbditos!»

Metternich fué el que menos ilusiones se hizo acerca de la fuerza de la nueva monarquía, como se infiere del siguiente trozo de una carta que escribió en 13 de octubre de 1830: «Luis Felipe se encuentra desde su subida al trono en una posicion insostenible, pues que la base de su autoridad la forman solamente teorías vanas... A su trono falta lo que tuvieron todos los gobiernos habidos en Francia desde 1792 hasta 1801, á saber, el voto del pueblo, y por otro lado,

carece tambien del derecho histórico, apoyo formidable; carece de la fuerza del pueblo, que tuvo la república, y de la gloria militar que sostuvo al imperio; le faltan en fin el número y el brazo de Napoleon, y la fuerza de los principios de los Borbones. Su duracion dependerá del acaso.»

Para Metternich el trono rodeado de instituciones republicanas no era un trono, sino, como él decia, un asiento vulgar de madera que no oculta siquiera á la vista el material basto de que está hecho (1).

Si el nuevo rey de Francia hubiese sido un genio poderoso é imponente, habria quizás inspirado respeto instintivo á los franceses y reanimado su sentimiento dinástico, pero aunque eran muchas las cualidades apreciables que reunia Luis Felipe, le faltaban por desgracia las que mas irresistiblemente cautivan á los franceses. Era excelente padre de familia, económico, intachable en su vida privada, y á estas virtudes que no brillan, ni menos deslumbran, añadía las que dan la desgracia, las privaciones y el destierro. Ante todo, pensaba en sí y en los suyos, aprovechando la buena ocasion que la fortuna le habia deparado, aguardándola en silencio y con paciencia y calma imperturbables hasta que se presentara, de modo que en esto rayaba su conducta en la duplicidad. Sus costumbres eran sencillísimas y formaban ya en tiempo de la restauracion un contraste demasiado disonante con el lujo y la rígida etiqueta de la corte. Habíase visto entonces á Luis Felipe paseando á pié por las calles, vistiendo gaban como otra persona cualquiera, y con su paraguas debajo del brazo, de suerte que cuando rey, no pudo acostumbrarse nadie á ver en él mas que un caballero particular, cuya sencillez parecia afectada y se prestaba hasta al ridículo. Faltábale por completo el carácter caballeresco, deslumbrador y teatral que tanto impone al pueblo francés, y este, al pensar en su rey ciudadano, prosáicamente práctico y económico, no podia defenderse de cierto sentimiento de mal humor. Le repugnaba la llaneza del rey, que le parecia calculada para captarse de un modo grosero popularidad á falta de otra base segura. La verdad es que la monarquía de Luis Felipe jamás echó raíces hondas en la nacion, y la fidelidad de sus servidores y amigos mas adictos fué siempre mas efecto de la reflexion y del cálculo que del sentimiento y del entusiasmo. Entre el rey luchando constantemente por su posicion contra partidos extremos, antagonistas é irreconciliables, y la nacion, que veía sin quererlo en el monarca un usurpador desleal y poco noble, no habia verdadera atraccion posible. Sin ser codicioso, habia aprendido Luis Felipe en el ostracismo el valor de la riqueza, y para asegurar este poderoso recurso á sus hijos y librarlos de la miseria que él habia sufrido, llevó la economía y la prevision utilitaria demasiado léjos, perjudicando al lustre de la corona, porque hasta retardó el pago de deudas para tener mas tiempo el dinero á interés, ni jamás dejó dinero improductivo en el arca. Un rey tan interesado, que al revés de los reyes antiguos no mezclaba su hacienda propia con la de la corona ó del Estado, prefiriendo hacer donacion, antes de subir al trono, á sus hijos de sus bienes particulares, que subian aproximadamente á cien millones de francos, reservándose sin embargo el usufructo, en lugar de confundir este tesoro con los bienes nacionales; un rey que tan abiertamente mostraba su desconfianza en la nacion, en su posicion y en la duracion del nuevo orden de cosas, heria el orgullo nacional, rebajaba la dignidad real al nivel de otro empleo cualquiera y no podia nunca esperar verdadero entusiasmo del pueblo francés.

Peor impresion causó el asunto de la herencia del anciano duque de Condé, último vástago de su raza, que fué encon-

(1) *Papeles póstumos*, tomo IV, págs. 61, 86 y 165.

trado ahorcado y muerto, al parecer por suicidio, en su casa, el 29 de agosto.

La voz pública señaló, sin embargo, como autora de esta muerte extraña a la querida del difunto, Sofia Dawes, esposa de Feuchères, edecan del duque, y las malas lenguas añadian que esta mujer había cometido el crimen pagada por los Orleanses, porque el anciano duque había hecho testamento dejando su inmenso caudal al tercer hijo de Luis Felipe y después había expresado el deseo de cambiar su disposición en favor del duque de Burdeos. Contribuyeron a dar mas visos de verdad a aquella acusación la manera de echar tierra al asunto y el mantenimiento del derecho sobre la herencia por parte del heredero duque de Aumale, contra el cual, así como contra los consortes Feuchères, pleiteó la familia de Rohan. Todas estas circunstancias fueron explotadas con saña extraordinaria por los adversarios del rey, que desde entonces llevó para el resto de su vida el estigma de egoísta y codicioso. Con sin igual audacia discutió la prensa la suma que en el presupuesto se destinaba a la casa real, y el parlamento la regateó también con un rigor nunca visto, como si tratase con un contratista astuto y corrido, hasta que fijó la pensión anual en doce millones de francos, para el rey y toda su familia, es decir, en una tercera parte de lo que habían cobrado Luis XVIII y Carlos X.

No era mas imponente la posición de Luis Felipe en el exterior, por mucho que ardiera en deseos de pasar en las cortes extranjeras y entre las familias dinásticas mas antiguas por soberano legítimo, a pesar de ser solo el representante del pueblo soberano elegido libremente por este. Su egoísmo, mezquindad y codicia perjudicaron en los momentos decisivos sus mejores cálculos diplomáticos, enfriaron las alianzas y le expusieron a humillaciones de parte de otras potencias, en lugar de permitirle halagar la vanidad nacional de los franceses.

Esta política de pacotilla, de vaiven y de tendero, forzosa en un principio hasta cierto punto, acabó por ser el sistema de Luis Felipe, persuadido de que era un dechado de habilidad y prudencia infalible, y este engreimiento le hizo desviarse de su línea de conducta primitiva, de contentarse, de acuerdo con la teoría constitucional, con el papel de jefe de Estado sin opinión propia, bien que en su interior nunca fué sinceramente constitucional. La constitución fué siempre para él un freno molesto. Apreciaba en todo su valor el talento y los méritos de Casimiro Perier, pero este hombre, que encontró gusto en hacerle sentir su importancia y superioridad, llegó a serle insoportable, y desde entonces establecióse una lucha secreta y sutil por el poder entre el rey y sus consejeros, lucha que fué un rasgo principal y la causa de la debilidad de la monarquía orleanista, cuyos enemigos no dejaron de aprovechar este flaco. Era enemigo de una cámara alta compuesta de pares hereditarios, cuestión dejada en pie en 1830, y para conseguir una cámara de pares simplemente vitalicios hizo, contra la voluntad de Perier, una hornada de pares, que produjo el efecto que deseaba. Pero con esto destruyó una de las columnas mas poderosas de su trono, porque la tal cámara vitalicia, lejos de robustecer el trono, lo debilitó con su impotencia, cuando toda debilitación era una ganancia ávidamente aprovechada por el partido republicano.

Tal como estaba representada la nación en la cámara de diputados, no formaba una base suficientemente ancha para dar toda la solidez necesaria al trono puramente constitucional, porque si bien la nueva ley electoral había rebajado el censo de 300 a 200 francos y aumentado en su consecuencia el número de electores desde 94,500 a 166,500, en lugar de 188,000 que resultaban del proyecto presentado por el

gobierno, no dejaba de excluir todavía de las urnas a la inmensa mayoría de la nación; y, aunque había bajado el censo de los elegibles a la mitad de lo que era antes, quedó siempre subsistente la línea divisoria rigurosa entre la clase media acomodada y la gran masa, que por ser menos favorecida por la fortuna no podía aspirar al privilegio de la elegibilidad. La clase media acomodada después de haberse servido de la menos favorecida para derribar al gobierno, malquistó de ambas, no se cuidó ya de su poderosa aliada y se consideró tranquilamente como propietaria única de la soberanía nacional. Esto quitó desde el primer día a la nueva representación nacional la aureola de popularidad que debía haber sido la fuerza principal del nuevo orden de cosas, y cuya falta, muy al contrario, facilitó los ataques de los adversarios de la monarquía de julio, a saber, los legitimistas, napoleónicos y republicanos, bien que estos últimos fueron los que menos mal hicieron, porque para los mas de ellos era la monarquía orleanista simplemente un período de transición, de duración limitada, como escribió en 1833 Beranger a Luciano Bonaparte: «Estando yo, republicano viejo, convencido cuando la última revolución de que la Francia no estaba todavía dispuesta a adoptar la forma republicana, deseé que la caduca máquina monárquica nos sirviera de tabla para pasar el arroyo, lo cual la acabaría de gastar.» Perier dijo: «Los pueblos que ambicionan el honor de ser libres, deben aprender primero que la libertad es el despotismo de la ley;» pero los republicanos franceses no comprendieron esto, sino que para ellos era la libertad el derecho de imponer al gobierno la voluntad de las masas. Los republicanos ardientes crearon una «Asociación nacional» de propaganda en favor, según decían, del honor y de los intereses nacionales, y hasta instalaron una especie de gobierno, porque la asociación se extendió con suma rapidez; pero a pesar de esto el ministerio Perier no quiso adoptar medidas excepcionales y se contentó con prohibir a todos los funcionarios del gobierno, civiles y militares, el ingreso en la asociación, castigando a los desobedientes, entre ellos el mismo edecan del rey, Laborde, con la destitución de sus empleos. Esto no acabó con la plaga, al contrario, las sociedades secretas y la conspiración crecían y se multiplicaban como los hongos, y el gobierno gastaba sus mejores fuerzas en vigilar y combatir a los partidos enemigos suyos y del orden. Estos destinaron el aniversario de la toma de la Bastilla para una gran demostración popular, y acaso para mas si era posible; pero no hubo nada, ya por la indiferencia del público, cansado de desórdenes, ya por la actitud enérgica de la guardia nacional, de la policía y de la tropa regular. De todos modos quien perdía era siempre el gobierno, porque si no vigilaba estaba expuesto a ser derribado y si sofocaba el motin o la sublevación se le acusaba de cruel y despótico.

No pudiendo manifestarse en las calles la oposición enemiga de la dinastía, concentróse en el parlamento, donde no perdió ocasión para desacreditar al gobierno, empleando medios desleales, como cuando Lafayette le acusó de no haber cumplido las promesas hechas a raíz de la revolución de julio de 1830, siendo entonces ministro el mismo Lafayette. Este tuvo que callar avergonzado cuando Perier, indignado, le increpó duramente en la cámara e hizo constar que quien había hecho las promesas había sido el que ahora acusaba al gobierno de no cumplirlas. En la política extranjera de Luis Felipe fué donde mas hizo hincapié la oposición, acusando al gobierno de que no amparaba con decisión las ideas liberales y a los pueblos que se habían sublevado contra sus tiranos, como el polaco, que tenía entusiasmados a los franceses mas que ningun otro, sin que nadie reflexionara

sobre las consecuencias que semejante política habría acarreado necesariamente a la Francia, es decir, sobre las guerras incalculables y de difícil éxito que habría sido necesario sostener. A pesar de esto, quiso Lafayette que en la contestación al discurso del trono la cámara pidiese el reconocimiento de la Polonia. Gracias a los esfuerzos del gobierno prevaleció el buen sentido, y para contentar a los fogosos y ciegos partidarios de los polacos se incluyó un pasaje que en nada obligaba al gobierno y que desde entonces figuró como decoración permanente en todos los documentos análogos de la cámara. Después, cuando el ministro Sebastiani comunicó a la misma la caída de Varsovia, concluyendo con estas palabras que tuvieron gran resonancia: «El orden reina en Varsovia,» estalló la indignación general en la cámara y en las calles; el pueblo detuvo el coche en que iba Perier, que se vió amenazado de ser colgado de un farol, y mal lo habría pasado este ministro liberal sin su presencia de ánimo que desconcertó a la turba furiosa. Por lo demás, no tomó el motin mayores proporciones gracias a la guardia nacional, que como en las ocasiones anteriores cumplió perfectamente con su deber.

Peor que todo esto fué el espectro horrible de la miseria social y de su compañero el socialismo, que hicieron su primera aparición en Lyon, en el mes de noviembre de 1832. La población obrera de aquel centro manufacturero, calculada en 200,000 almas, gemía aun en los tiempos mas prósperos bajo la opresión cruel de los fabricantes y la indiferencia general; pero esta vez la miseria llegó a un grado increíble, horroroso, a consecuencia de la paralización de la industria sedera (1). Por la mediación del prefecto Dumolard se llegó a un arreglo entre los fabricantes y los obreros, pero un gran número de los primeros revocaron su adhesión, con lo cual suscitaron una colisión sangrienta entre los obreros y los individuos mas acomodados de la guardia nacional. Creció la insurrección porque los individuos mas pobres de la guardia nacional se pasaron a los revoltosos, y después de dos días de lucha, la guarnición, demasiado débil para resistir, evacuó la ciudad, quedando el pueblo durante diez días dueño de ella, hasta que las tropas enviadas a toda prisa, mandadas por el mariscal Soult, y la llegada del príncipe heredero el duque de Orleans, restablecieron el orden. Esta sublevación, aunque no tuvo nada de socialista y fué producida únicamente por el hambre y la desesperación, no dejaba de ser para el observador que hubiese mirado algo mas dentro de la superficie, un indicio grave del peligro que se iba creando en las entrañas de la sociedad moderna; pero entonces no profundizaron tanto ni los hombres políticos ni la representación nacional, ni el gobierno; unos y otros creyeron que todo quedaba arreglado con el restablecimiento del orden y la distribución de limosnas a los que padecían hambre.

Entre tanto los partidos políticos, sin pensar en que el resultado mas seguro sería la guerra civil y la anarquía, continuaban conspirando contra la monarquía orleanista, en cuya legalidad y duración ninguno de ellos creía. Apenas había logrado el gobierno inutilizar una conspiración anárquica, que se inició con una tentativa de incendio de la catedral de París, cuando descubrió e impidió otra intentona legitimista cuyo centro estaba en la calle *Prouvaires* y que se proponía apoderarse por sorpresa de las Tullerías durante una fiesta de la corte. A esta conspiración siguieron un motin militar bonapartista al pie de la columna de Vendome, otro en Grenoble, y otros y otros, sangrientos la mayor parte, aunque sofocados siempre en sus comienzos. En medio de tantos

(1) Véase el informe del doctor Villermé al *Instituto de Francia*, impreso por cuenta de este en 1833.—*Nuestro siglo*, por Leixner, edición española publicada por la casa Montaner y Simon, en 1883, pág. 283.

enemigos no quedó mas recurso al gobierno, para descubrir a tiempo sus manejos, que la policía y el llamado *gabinete negro*, suprimido en 1830, que era simplemente la oficina secreta en la cual se abría la correspondencia sospechosa.

En medio de todos estos trabajos subterráneos hubo una corta tregua a consecuencia de la aparición súbita del cólera en París, cuando las locuras del carnaval del año 1832 habían llegado a su colmo. El terror que causó la epidemia fué indescriptible y lo aprovechó una parte de la prensa para atribuir la peste al gobierno y a la clase rica. El 16 de mayo arrebató la epidemia a Perier, cuya salud estaba ya resentida de tan ruda lucha, y con él perdió la monarquía de julio su apoyo mas valioso y sus esperanzas del porvenir. Muchos talentos grandes se reunieron alrededor del trono, pero ninguno hubo entre ellos que reuniera, como Perier todas aquellas cualidades que eran indispensables para encadenar la anarquía latente y siempre a punto de estallar en aquella sociedad, conmovida ya en sus cimientos, ni para reducir el espíritu de partido a límites razonables y conducir la nación a fines levantados y comunes. Solo el rey, carácter pobre y míope, se sintió aliviado, como dijo el embajador de Prusia Werther en una de sus comunicaciones, del peso de su tutor molesto, y ya no tuvo ningun sucesor de Perier un ascendiente igual al que este había tenido sobre el ánimo de Luis Felipe, ni igual autoridad en el consejo de ministros. La política fué conservada, pero el autor fué siempre irremplazable.

Pocas semanas antes de la muerte de Perier había reaparecido en Francia la duquesa de Berry con el inocente objeto de desplegar otra vez la bandera blanca de los Borbones y sentar a su hijo en el trono de sus mayores. Para esta descabellada empresa había arrancado a Carlos X, a fuerza de muchos ruegos, el consentimiento, y en ella acompañaron a la valiente y apasionada duquesa sus fieles partidarios Saint-Priest, Bourmont y Kergolay. Ciegos, como todos los pretendientes expatriados, contaban con la situación general de Europa, que creían altamente favorable a sus planes, con el partido borbónico en Francia, que suponían numerosísimo, con el clero, la nobleza y la irritación que reinaba en la Vendée a consecuencia de las torpezas del gobierno. Los avisos prudentes de muchos legitimistas notables, que pedían tiempo para hacer los preparativos necesarios, no fueron oídos. De todo esto estaba enterado Perier cuando la duquesa, en compañía del duque de Blacas, a quien Carlos X había nombrado secretamente tutor de su nuerca, se dirigió a Holanda y de allí por la Alemania y Suiza a Turin, de donde fué expulsada a reclamación del gobierno francés. Pasó entonces a Nápoles y de allí a Massa, en el ducado de Módena, y se embarcó con sus compañeros para desembarcar el 28 de abril de 1832 cerca de Marsella. En esta ciudad debía verificarse un pronunciamiento legitimista, según estaba convenido; pero el plan se estrelló en la vigilancia de las autoridades, que prendieron a los jefes de la conspiración. La noticia de este descalabro, que recibió la duquesa en la choza donde aguardaba oculta, no la desanimó. Pasó a la Vendée, eludiendo hábilmente, pero con gran trabajo y no pocas aventuras, todos los peligros, rodeada siempre de los sabuesos del gobierno, enterado, por las cartas que interceptaba, de todos los planes; de modo que cuando la atrevida princesa llegó con los muchos aventureros que se le habían agregado, a aquella tierra realista, el gobierno declaró los departamentos del Oeste en estado de sitio. Esto no impidió que el día fijado se levantara en armas una turba de aldeanos, que después de una resistencia heroica fué dispersada y en su mayor parte hecha prisionera. Todavía burló la duquesa por espacio de cuatro meses la vigilancia de los que iban en su busca, gracias a frecuentes y variados disfraces, hasta que habiendo en-

contrado un asilo oculto en Nantes, la delató un agente suyo, el judío Deutz. Fué entonces encerrada en el fuerte de Blaye, donde libró al gobierno del disgusto que le causaba confesando al general Bugeaud, encargado de su vigilancia, que se hallaba en cinta, estado que por lo demás no podía ya ocultar, y que se había casado secretamente en segundas nupcias con el conde Lucchesi-Palli. El 9 de mayo de 1833 dió á luz una niña, y entonces el gobierno la dejó en libertad, pues que ya no podía ser peligrosa. De este resultado nadie se mostró mas satisfecho que Thiers, que se había empeñado en apoderarse de la duquesa é inutilizarla para siempre, á fin de no enviar al patíbulo como reos de alta traición á los jefes del partido legitimista, de cuya culpabilidad tenia todas las pruebas en sus manos (1).

Mucho mas sería que esta tragicomedia borbónica fué una demostración contra el gobierno organizada por los republicanos, los cuales se hallaban descontentos del giro que había tomado la revolución de julio, que había sido principalmente obra suya y que les había enseñado su fuerza. Poco á poco habíanse organizado en partido y reclutado en la masa obrera, la juventud escolar y la clase media pobre ó modesta, agregándose además toda especie de aventureros, entusiastas y conspiradores de oficio, lectores apasionados todos de *La Tribuna*, de Armando Marrast, del *National*, redactado por Armando Carrel, que por aquel tiempo se pasó al campo republicano, y de innumerables folletos y hojas volantes. Garnier Pagés era su órgano en la cámara, los polacos refugiados en Francia su fuerza armada, siempre dispuestos á echarse á la calle para derribar al gobierno que generosamente les daba hospitalidad y medios de subsistencia, y sus aliados temporales los hombres de la extrema izquierda monárquica como Lafitte, Odilon Barrot, Arago y otros.

En esto murió el general Lamarque, hombre superficial, pero hablador ampuloso, cualidades que justamente le habían hecho el orador mas popular de la cámara, y su entierro, fijado para el 5 de junio, fué aprovechado por el partido republicano para una contra-demostración magna del entierro de Perier. Conforme al deseo de los organizadores, la demostración produjo una colisión con la tropa, que degeneró en un combate tenaz en las calles durante dos días, en los cuales tanto la tropa como la guardia nacional rivalizaron en valor y tuvieron entre ambas fuerzas quinientas bajas entre muertos y heridos. Ninguna sublevación del reinado de Luis Felipe había tenido todavía las proporciones que esta. Sofocada que fué, el gobierno disolvió la artillería de la guardia nacional, la escuela politécnica y la de veterinaria, y puso la capital en estado de sitio. Esta medida fué para el desgraciado gobierno otro pretexto de que se valieron sus enemigos para hacerlo odioso. Para mayor bochorno tuvo que levantar el estado de sitio, porque el tribunal de casación, al cual apeló uno de los condenados, lo declaró ilegal. Los jurados por su parte absolvieron á la mayor parte de los acusados, muy al revés de los tribunales del régimen antiguo, y desde entonces fué menester que el gobierno se acostumbrase á ver que los tribunales se ponían casi siempre de parte de los revolucionarios en las causas que les formaba el gobierno, y que los defensores de los acusados aprovechaban la libertad del foro para ensalzar los principios republicanos. Las condenas á multa eran completamente ineficaces, porque se pagaban por medio de suscripciones.

A pesar de que el ministerio había quedado sin jefe con la muerte de Perier, que mas que jefe había sido su alma, continuó en su puesto hasta el 11 de octubre, en cuyo día

(1) Ideville, *Le maréchal Bugeaud* (1881), tomo I, págs. 227 y siguientes.—*Journal de la citadelle de Blaye*.

fué reemplazado por otro que reunió en su seno los talentos mas distinguidos de aquel tiempo: Broglie para los Negocios extranjeros, Guizot para la Instrucción, y Thiers para Gobernación, y despues para el Comercio y Obras públicas; el mariscal Soult obtuvo la presidencia, mas bien como decoración que como consejero activo. Fué este el primer ministerio sacado de la mayoría parlamentaria, formada por los liberales y los doctrinarios, por lo cual creían sus partidarios haber alcanzado ya la perfección parlamentaria y poder rivalizar con la nación inglesa en este concepto. Sin embargo, la base y el origen del parlamentarismo eran muy distintos en los dos países. En Francia prevalecía la centralización, llevada ya al último límite por los Borbones, antes de la revolución de 1793, y refinada sucesivamente por los gobiernos posteriores, el imperio, la restauración y finalmente Luis Felipe en 1831 con la ley municipal. Así, concentrada toda la Francia en la capital y estando en vigor la teoría de que el gobierno debía buscar su fuerza en la mayoría de la cámara y ser su expresión, el ministerio procuró estar bien con la mayoría valiéndose de todos los medios, legales é ilegales, rectos y torcidos, y todo el parlamentarismo se redujo á una farsa de tira y afloja. En la cámara y fuera de ella quería cada partido la libertad para sí, pero no para los demás, y mucho menos para el pueblo; el partido de la mayoría era el dominante, y el resultado fué que los demás partidos y el pueblo se cansaron mas y mas de servir de simples figurantes en la farsa.

El nuevo ministerio era, pues, como la flor de una numerosa mayoría, teóricamente muy fuerte y muy legal; pero esta misma fuerza fué, despues de la superioridad reconocida de todos y cada uno de sus miembros, lo que mas disgustó al rey, porque le quitaba la esperanza de desembarazarse pronto de él. Los tres individuos principales, Broglie, Guizot y Thiers, le eran á cual mas antipáticos, el primero por su prosapia nobilísima y su intransigencia inflexible, brusca y á veces insolente; el segundo por su índole pedantesca y el orgullo frío y altanero que le inspiraba la conciencia de su virtud rígida y de su saber; y finalmente el tercero por ser el inventor de la fórmula constitucional que incapacitaba al rey para imponer su voluntad personal al gobierno. Gemía Luis Felipe bajo el yugo de este triunvirato, y cuando sus intrigas contra él se estrellaron, dijo suspirando: «Cuando estos tres señores van unidos, me hallo neutralizado y no puedo hacer prevalecer mi opinión personal; este triunvirato es Casimiro Perier en tres personas.» Respecto de Broglie, dijo al embajador austriaco que tenía que «tragarse» para no caer en manos de los demócratas, y al embajador prusiano dijo un día: «Suplique V. á su soberano que tenga en cuenta mi posición. He tenido que aceptar por seis meses á Thiers, hombre atroz, para hacer ver á la Francia lo que vale.» De Guizot ya había dicho Perier cuando rehusó admitirle en su ministerio: «Este hombre daría á la marcha del gobierno una regularidad mecánica, pero como no tiene la práctica necesaria para manejar la máquina gubernativa, le cogería un día las manos entre sus ruedas.»

Tales eran las relaciones entre el rey y sus ministros cuando mas necesitaba la monarquía unidad de miras y de acción para reducir á la impotencia ó siquiera contener los trabajos de sus adversarios, á quienes la derrota del 5 de junio ni siquiera había intimidado, porque á cada momento revelaba su actividad incesante algún conato contra el orden ó contra la vida del rey. Estos conatos de regicidio, que comenzaron el 19 de noviembre de 1832, con un tiro que se disparó contra el rey al trasladarse al parlamento para abrir la legislación, fueron muchos, si bien ó erraron el golpe ó fueron inutilizados á tiempo en su mayor parte por la policía. Las



Luis Felipe I de Orleans, rey de los franceses